

BELLO Y LA HISPANIDAD

POR MANUEL R. CRUZ MENDEZ

Personalidad de Andrés Bello

Tiene una alta significación en la historia cultural de la América hispana, ya que el hombre venido al mundo en la blasonada ciudad de Santiago de León de Caracas hace 193 años, estaba destinado a trazar nuevas pautas sociales, culturales y jurídicas a este nuevo hemisferio que surgía libre y soberano del abatido imperio español que acababa de sucumbir. Con toda propiedad pueden aplicarse al hecho las palabras que pronunciara el poeta latino: “Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo”: “Una gran era se ha iniciado de nuevo entre nosotros”.

Los pueblos, como los hombres, llegan a una mayoría de edad en donde ya no es posible mantenerlos sujetos al tutelaje de la metrópoli. América, nacida el 12 de octubre de 1492 había crecido por obra del esfuerzo mancomunado de nativos y españoles en el laboreo de los campos, en la explotación de las minas, en las aulas universitarias, en el quehacer de la vida urbana, en la labor evangelizadora de los misioneros..... Más, al llegar la “plenitud de los tiempos”, —evocando la frase bíblica— se emancipó por el fuego de los cañones y con el filo de la espada que blandieron sus propios hijos.

Pero esa América emancipada no era lógico ni prudente que rompiera con una cultura que había conformado sus esencias y que acababa de reafirmar su existencia. El hecho mismo de la independencia no era otra cosa sino la culminación de un proceso

social, político y cultural que venía gestándose desde hacía siglos en el seno mismo de la sociedad y de las instituciones coloniales, y que a través de la evolución progresiva había llegado a su madurez.

Las ideas de justicia social que Montesinos, Córdova y Las Casas habían predicado en Santo Domingo y que en España produjeron una reacción favorable hacia el indígena con la promulgación de las Leyes de Indias reconociendo los derechos fundamentales de la persona humana; el apostolado social y cristiano realizado por el Padre Claver en favor de los negros en el puerto de Cartagena de Indias; el ensayo democrático puesto en práctica por los jesuitas en el Paraguay; la labor de las universidades, las audiencias, los cabildos, la imprenta y los primeros periódicos, así como el surgimiento de una pléyade de hombres y mujeres ilustres en las letras y en las ciencias, tales como Leonor de Ovando, el Inca Garcilaso de La Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruíz de Alarcón, Francisco Javier Clavijero, los hermanos Villaurrutia, etc. etc..... habían ido conformando poco a poco la fisonomía espiritual y cultural de la sociedad americana, y servirían de fundamento para que el edificio de la América libre descansara sobre bases sólidas. La independencia hispanoamericana —repetimos— no solamente fue el resultado de la ruptura de unos vínculos políticos y administrativos que nos mantenían unidos a la metrópoli, sino principalmente la culminación de un crecimiento progresivo en el conglomerado social que ya era adulto.

Ahora bien: el hecho mismo de la independencia por una parte, y la herencia cultural por otra, obligaban en el nuevo estado de cosas a la necesidad de una revisión en la escala de valores. Esta labor ingente, realizable únicamente por un intelecto privilegiado estaba reservada como un designio inescrutable de la historia a la persona de Andrés Bello.

¿Cuál fue en síntesis la meta cultural que se trazó este gran genio americano? La respuesta podría ser muy amplia, pero la condensaremos en estos términos: preservar la fisonomía cultural de la América hispana y al mismo tiempo echar los fundamentos de una nueva cultura autóctona, entroncada en la hispánica, pero lo suficientemente capaz de manifestarse en su propio ser.

El talento preclaro de Bello contemplaba con visión profética el presente y el futuro cultural de nuestra América. En su época, la influencia francesa y anglosajona se proyectaban con brillantez en el campo de la cultura y especialmente en las letras, no

sólo en la vieja Europa, sino también allende los mares.

No había en Bello el menor asomo de chauvinismo, (perdóneseme el barbarismo) antes al contrario, por su amplia formación y su espíritu ecuménico, abogaba por la integración de nuevos valores a nuestra cultura. Oigamos sus propias palabras: “Nos encontramos incorporados en una grande asociación de pueblos de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas en conocimiento, de los que podemos participar con sólo quererlo”.

Estas palabras revelan claramente que Bello pensó para América en una cultura de carácter universal. Educado dentro de los cánones del clasicismo sabía perfectamente que la cultura abarca contenidos y dimensiones universales. A la vez entendía que no hay verdadera cultura sin tradición, ni verdadera disciplina intelectual sin una sólida fundamentación asentada en los clásicos. Jamás fue opuesto a las influencias de las corrientes culturales contemporáneas que fluían abundantes desde las márgenes del Sena y desde las brumosas tierras de Albión. El mismo había vivido largos años en Londres.. Allí tradujo a Byron; cultivó la admiración por Víctor Hugo, y la influencia de éstos y otros autores se refleja notoriamente en algunas de sus mejores producciones. Uno de sus más hermosos poemas “La Oración por Todos”, está inspirado en el gran vate romántico francés.

De Bello se ha dicho, y con razón, que fue en América el más grande de los clásicos y el primero de los románticos. La cualidad de clásico según García Morente, denota sobre todo un modo especial de pensamiento y de sentimiento; una determinada manera de ser y pensar. El clásico, de acuerdo al autor antes citado, tiene sentido de la objetividad, sabe jerarquizar los valores, posee una mente analítica y sintética. El romántico en cambio, es impulsivo, demoleedor de las jerarquías, obedece más al sentimiento que a la razón.

Tarea nada fácil conjugar el clasicismo con el romanticismo. Bello logra ese milagro cultural; es el gran sintético de la cultura americana como lo fue Aristóteles de la griega, y Agustín y Tomás de Aquino de la patristica y la medieval cristiana.

La cultura americana necesitaba de la robustez del clasicismo y del dinamismo revolucionario del romanticismo; necesitaba esa renovación armónica y creciente. Fue Bello el primero

que tuvo conciencia de ello, y el primero en sembrar entre sus discípulos esas legítimas inquietudes. Conocía mejor que todos sus contemporáneos los nuevos movimientos culturales, políticos, literarios y filosóficos. Nunca se opuso sistemáticamente a ellos. Lo que sí se oponía a hacer injertos culturales. Como clásico se oponía al hibridismo cultural porque entendía que el mismo es anemia, sofisticación, debilitamiento, y en suma, muerte de la cultura nacional. Bello concebía una América libre, integrada culturalmente, identificada consigo misma, en armonía con la cultura universal; no una América hecha de retazos, engrudo mal sazonado que sólo serviría para alimentar las apetencias de las grandes naciones extranjeras.

De ahí que para conservar la unidad cultural comience por escribir su gramática evitando así el fraccionamiento lingüístico. Hablando sobre esta obra que constituye una de las grandes realizaciones culturales de hispanoamérica, un ilustre español dice: “quería (Bello) establecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo y el provincialismo. Fue el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo tiempo enseñó, y no poco, a los escritores peninsulares”.

Enseñó gramática y literatura, derecho romano y derecho español; nadie mejor que él conocía las letras grecolatinas e impartía esos conocimientos con la sabiduría del maestro y la generosidad del apóstol. Según uno de sus discípulos “el estudio de la lengua era un curso completo de filología que comprendía desde la gramática general y la historia del castellano hasta las más minuciosas cuestiones del idioma”.

Temía y no sin razón, que el afán de novedades que agitaba a muchos espíritus de la época, y la “docta ignorancia” de la que otros hacían gala, socavaran los fundamentos de la cultura y la lengua materna, si éstos no se hallaban fuertemente apuntalados por una sólida formación intelectual. Bello intuyó mejor que nadie la trascendencia que tiene el idioma como soporte y alma de una cultura. Como años más tarde dijera Unamuno, “la lengua es la sangre del espíritu”. Mantenerla pura, suponía para el gran maestro americano, mantener puro el ideal bolivariano de una América libre, grande y unida.

Sin haber llegado a ser un purista a ultranza, rechazó las insinuaciones de aquellos que le invitaban a abandonar a

Cervantes y a Santa Teresa. Desoyó los cánticos de sirena que querían desviar su nave segura y bien avituallada, hacia mares tortuosos sembrados de escollos e incertidumbre. No hay que olvidar que Bello vivió un época de crisis, y que “mutatis mutandis” se ha perpetuado bajo distintas modalidades hasta el día de hoy. Es la razón por la cual los grandes cerebros de este nuevo mundo conscientes de esa situación crítica, y de que América es el continente de la potencialidad y la esperanza, abogan por la transformación social, política, económica y cultural. El mismo fenómeno ocurría en la época de Bello. Los pueblos recién nacidos a la vida independiente buscaban su propio destino; sus hijos más preclaros luchaban por el cambio político y cultural.

Dos corrientes ideológicas inciden en el pensamiento intelectual hispanoamericano en aquel momento histórico; la que propugnaba por la renovación, conservando las esencias culturales hispánicas, y la otra, que quería los cambios radicales, inspirada en patrones de cultura ajenos a nuestra formación espiritual e histórica. La primera tenía como propulsor a Bello. Inspiraba la segunda otra ilustre americano, sin duda alguna, glorioso y benemérito. En ambas corrientes prodigaban las buenas intenciones. Pero la historia, que Cicerón llamó maestra de la vida, ha dado la razón a Bello y ha demostrado hasta la saciedad, que aquellos destellos de luz que cegaron a muchos, no eran otra cosa que espejismos y fuegos fatuos. Los que en esos años proponían a ciertas naciones y a determinadas culturas como modelos y ejemplos dignos de imitar, y hacían incapié en las mismas como eminentemente civilizadoras, humanizadas, y amantes de la libertad de los pueblos oprimidos, tuvieron que inclinar descepcionados sus frentes al enterarse unos años más tarde de la cupación de Puerto Rico, de la guerra de los boers, y de la rapaz incautación de nuevos territorios en las Guayanas suramericanas.

En los días de Bello se necesitaba tener una fe tan grande como la de Abraham para continuar su obra y defender sus principios. Casi todos querían incinerar el tronco añoso de la cultura hispánica por considerarlo infecundo. Bello en cambio, juzgó que lo más sensato era revitalizarlo, poner abono en sus raíces, y regarlo con agua fresca y abundante. Así lo hizo y cosechó copiosos y sazonados frutos. Toda una constelación de hombres ilustres siguió las sendas trilladas por el maestro: Pedro Henríquez Ureña que descubre una España en la plenitud, de la cual se nutrió América; José Enrique Rodó que nos recuerda con tono profético unos valores

que debemos acrecentar y conservar; Vasconcelos que ve en lontananza la raza cósmica; Rubén Darío que vive en España el ser de América, y en ésta, descubre el alma española. Toda la fe de estos hombres en los valores de la cultura hispánica tiene un signo, arranca de un mismo principio y converge en un mismo punto: el ideario cultural de Andrés Bello.

En los días en que el maestro abonaba el viejo árbol que luego habría de convertirse en el gran árbol rejuvenecido de una hispanidad robusta y frondosa, ni en América ni en España se había formulado aún la noción de hispanidad. El término fue acuñado por Ramiro de Maestu; pero el concepto como tal era una idea subyacente tanto en uno como en otro lado del Atlántico. Había la conciencia de estirpe común, de raza, de idioma y de cultura comunes con sentido de misión histórica. Sólo faltaba concretizar esas aspiraciones en una "idea fuerza". Hoy esa idea ya no es sólo categoría metafísica. Ha llegado a actualizarse en el ser fecundo y vital de una comunidad supranacional formada por todos los pueblos hispanoparlantes, en donde los vínculos espirituales del idioma y la cultura común nos unen en unos propósitos comunes y nos animan a buscar soluciones justas en medio de un mundo injusto, anárquico y desunido. La hispanidad no tiene oro para comprar conciencias ni cánones para subyugar voluntades. Tiene fuerzas morales, riquezas culturales y el más sincero deseo de promover el desarrollo integral del hombre y de los pueblos mediante el intercambio y la cooperación mutua. En otras palabras quiere ser presencia y testimonio.

Bello como precursor de la hispanidad realizó el ideal de Antonio de Nebrija quien en el prólogo de la primera gramática castellana que escribió su docta pluma decía a la reina Católica que "siempre la lengua fue compañera del Imperio". Lo que el gran humanista español aplicaba a la unidad política, el maestro caraqueño lo pensó en función a la unidad espiritual y cultural. El sueño de Carlos V de instaurar un nuevo "orbis christianus" reflejo de aquel Imperio Romano-Germánico que ya agonizaba en Europa, lo realiza Bello en América con el idioma, según expresión de nuestro muy querido don Fabio Moña.

El ideal bellista como todo gran ideal trasciende el tiempo y el espacio. Hoy como ayer, Bello es el gran maestro de América. Su pensamiento y su ejemplo son patrimonio de todo el continente desde el sur del Río Grande hasta el Cabo de Hornos. Sin

Bello, la obra de Bolívar, de San Martín y de Duarte hubiese quedado trunca. De Bello hemos recibido y continuamos recibiendo el aliento vivificador que dá sentido al mundo hispanoamericano. También España la Madre Patria, es deudora del maestro, porque sin él, la cultura hispánica no tendría como tiene hoy las dimensiones universales que la hacen respetable por la extensión geográfica y admirable por su consistencia en las realizaciones históricas.

Ojalá que las enseñanzas de Bello sean el faro luminoso que guíe a todos los intelectuales de América hispana hacia el puerto seguro, en la búsqueda de soluciones acordes con nuestra idiosincracia y formación histórica, y que su ejemplo constituya un estímulo permanente para seguir construyendo una hispanidad cada día más grande y fecunda.